

# SÉ DE UN NIÑO A QUIEN VISITÓ EL DOCTOR JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ CUANDO ESTUVO ENFERMO DE SARAMPIÓN

Francisco Javier González Carrión, SBD\*  
ITER, Caracas

*Resumen:* La finalidad principal del presente testimonio de curación reside, principalmente, en la sensibilización en torno a la necesidad de vivir agradecidos por el don estu-  
pendo que ha regalado el Señor a su Iglesia, y en particular al pueblo venezolano, en la persona del Doctor José Gregorio Hernández Cisneros. En verdad, Dios ha visitado una vez más a su pueblo donándonos al “médico de los pobres” que encarnó en su vida y obra los rasgos divinamente humanos de quien es el rostro de la misericordia de Dios Padre (Misericordiae vultus). Y con esto ha llegado a convertirse en paradigma y esplendoroso modelo a seguir de todo venezolano, latinoamericano y ser humano en general.

*Palabras clave:* testimonio, devoción, catolicismo popular, los santos como protectores, fuerza evangelizadora

*Abstract:* The main purpose of this testimony of healing is, first of all, raising awareness of the need to live grateful for the stupendous gift that the Lord has given to his Church, and in particular to the Venezuelan people, in the person of Dr. Jose Gregorio Hernandez Cisneros. Truly, God has once again visited his people, giving us the “doctor of the poor” who embodied in his life and work the divinely human traits of the one who is the face of God the Father’s mercy (Misericordiae vultus). And with this he has become a paradigm and splendid role model for all Venezuelans, Latin Americans and human beings in general.

*Keywords:* testimony, devotion, popular Catholicism, saints as protectors, evangelizing force

\*Profesor de Sagrada Escritura en el Pregrado y Postgrado del ITER, Caracas. Director de Publicaciones ITER. Dirección electrónica: gonzalezcfrancisco@gmail.com

A modo de epílogo del presente número de la revista ITER. TEOLOGÍA, dedicado por completo a nuestro nuevo Beato venezolano, el Doctor José Gregorio Hernández Cisneros, nos pareció oportuno incluir un sencillo y significativo testimonio de curación entre tantísimos que se cuentan por doquier en toda la amplia extensión del territorio venezolano, latinoamericano y allende los mares. Pero no solo para reseñar el hecho que llamó la atención a una familia concreta de nuestro pueblo y afianzó su confianza en la intercesión del Siervo de Dios, sino también para reflexionar el significado de dicho acontecimiento, en el marco del vasto universo de los milagros de curación no conocidos ni publicados, para la vida y la misión, vale decir la pastoral, de la Iglesia hoy, en modo especial la que peregrina en esta “tierra de gracia”.

## 1. EL CONTEXTO QUE ENMARCA EL TESTIMONIO

Recientemente he celebrado el treinta aniversario de ordenación presbiteral, y si me preguntan a partir de cuándo se remonta mi devoción por el ahora nuevo beato venezolano, el Doctor José Gregorio Hernández, debo decir que, desde mi infancia, desde mis seis escasos años. Fue con ocasión de la enfermedad del sarampión que contraí a tan corta edad.

Recuerdo que en casa siempre me llamó la atención el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús que estaba colgado en la pared de la sala y el del Doctor José Gregorio Hernández. Se trataba de uno de sus cuadros más clásicos donde aparece él en un primer plano elegantemente vestido, en un segundo plano, vistiendo su indumentaria de galeno asistiendo a un enfermo que yace sobre una camilla, y, al fondo, las montañas evocadoras de las cumbres andinas. Mi papá lo nombraba con frecuencia y yo supe que le tenía mucha fe y devoción desde jovencito, por allá en el Zulia. Mamá también, seguramente ya desde su nativa Cartagena había oído hablar del siervo de Dios. Ella lo llamaba curiosamente “Gloriernández”, quizás a modo de abreviación nemotécnica de “Gregorio Hernández”. Pero, en realidad, nunca supe la razón. Lo cierto es que desde pequeño ya me encontraba inmerso en la calidez de la atmósfera de fe que se respiraba en casa.

No recuerdo con exactitud las circunstancias del cómo adquirí el sarampión; posiblemente por contagio con alguno de los niños con los que me la pasaba jugando casi todo el día, entre los cuales estaban mi primo y mis primas y los amigos de la cuadra; o una ola de la enfermedad que pasaba por Petare...

Lo que sí recuerdo bien era la preocupación de mamá, a cierto punto, por la debilidad que presentaba, la fiebre alta y la tos, los ojos enrojecidos y

llorosos y el sarpullido. Me tenían aislado en un cuarto, como se lo habían recomendado a mamá los médicos del Hospital Ana Francisca Pérez de León.

## 2. LA VISITA

Una de las noches más críticas, en medio del duermevela a causa del malestar, vi al Doctor José Gregorio Hernández que entró al cuarto donde guardaba reposo y se acercó a mí. Lo vi, así como se representaba en el cuadro de la sala, primer plano. En ningún momento experimenté susto, miedo o sobresalto, me sentía confiado y sereno. Me dejé visitar; en efecto, viví aquello como una visita.

Otra cosa que recuerdo a la perfección es que a la mañana siguiente se había producido un cambio sorprendentemente significativo con respecto a mi estado de salud: amanecí bien, los síntomas habían cesado de sumirme en el malestar general que tenía, me comencé a sentir reanimado, aliviado, con nuevas fuerzas. Hoy lo diría con las palabras del salmista que recogen adecuadamente la experiencia que viví: “por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas y mi carne descansa serena” (Sal 16,9).<sup>1</sup>

De ese día sé que guardo exacto recuerdo. Mamá notó la mejoría de inmediato, pero yo igualmente se lo dije porque sentía necesidad de expresárselo: “mamá, anoche vino el Doctor José Gregorio y me curó”. Tengo bien impreso en mi memoria que lo que relaté al amanecer de aquel día poseía la fuerza de una convicción carente por completo de la más mínima duda: “anoche vino el Doctor José Gregorio y me curó”.

Deduzco, a *posteriori*, que mi mamá, como yo me agravara en el proceso de la enfermedad, me encomendó a la intercesión del Siervo de Dios, pues ella, como dije antes, era muy devota de “Gloriarnández” y tenía gran fe en su rol mediador ante el Señor, al igual que mi papá que desde su adolescencia era su devoto y llevaba siempre con él, en su cartera, una estampita del Doctor José Gregorio Hernández, hasta el sol de hoy.

Más tarde, nos mudamos para La Dolorita, hacia Filas de Mariche, Municipio Sucre del Estado Miranda, buscando mayor estabilidad en la vivienda, conseguir un terreno y una casa propia. Fue aquí cuando en período de las vacaciones de navidad, papá nos comenzó a llevar a Betijoque, Estado Trujillo, para compartir con la familia de aquellas partes los días de asueto de-

1. El subrayado es nuestro.

cembrino y las fiestas de fin de año; para entonces ya había nacido mi hermano, Jesús Enrique. Entre Betijoque y Valera está Isnotú, y también allí nos llevaron tanto mi papá como mi tío para conocer el pueblo donde nació y se crió el Doctor José Gregorio Hernández: El niño visitado por el que luego aprendió a conocer como el “médico de los pobres” estaba disfrutando de la familiaridad de la tierra que acogió al beato, de sus calles, plazas e iglesias, sus apacibles montañas y, sobre todo, de la sencillez y profundidad del afecto y la fe de su gente. Todo estaba siendo absolutamente asimilado por ósmosis, sin interrupción, ni saltos, en una continuidad de atmósfera de fe y clima familiar que me precedían e iban a acompañar constantemente.

Lo que les vengo narrando lo comuniqué públicamente por vez primera a mi comunidad religiosa con motivo de la visita a la Iglesia de La Candelaria de Caracas, lugar donde reposan los preciosos restos mortales del Doctor José Gregorio Hernández, en el contexto del júbilo por su beatificación, algunos meses después de tan sublime y esperado acontecimiento.

### 3. EL MENSAJE

#### a) *Vivir agradecidos*

La finalidad principal del presente testimonio de curación reside, en primer lugar, en la sensibilización en torno a la necesidad de vivir agradecidos por el don estupendo que ha regalado el Señor a su Iglesia, y en particular al pueblo venezolano, en la persona del Doctor José Gregorio Hernández Cisneros. En verdad, Dios ha visitado una vez más a su pueblo donándonos al “médico de los pobres” que encarnó en su vida y obra los rasgos divinamente humanos de quien es el rostro de la misericordia de Dios Padre (*Misericordiae vultus*)<sup>2</sup>. Y con esto ha llegado a convertirse en paradigma y esplendoroso modelo a seguir de todo venezolano, latinoamericano y ser humano en general.

La necesidad de vivir agradecidos que se deriva de la contemplación de la vida y obra del beato y de su incesante intercesión por los afligidos y enfermos, sobrepasando los límites de su tránsito por este mundo, surge de la constatación de sabernos moradores de una tierra y de un pueblo que, imbuidos en una cultura peculiar, da a luz a “santos”. Estamos, pues, invitados a vivir agradecidos por ese sustrato profundo de valores humanos y de fe que constituye la religiosidad popular, como una vez lo llegó felizmente a verbalizar Puebla:

2. “Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret” (FRANCISCO, *Misericordiae vultus*. Bula del Jubileo de la Misericordia, Madrid 2015, 9.

## Sé de un niño a quien visitó el Doctor José Gregorio Hernández cuando estuvo enfermo de sarampión

La religiosidad del pueblo, en su núcleo, es un acervo de valores que responde con sabiduría cristiana a los grandes interrogantes de la existencia. La sapiencia popular católica tiene una capacidad de síntesis vital; así conlleva creadoramente lo divino y lo humano; Cristo y María, espíritu y cuerpo; comunión e institución; persona y comunidad; fe y patria, inteligencia y afecto. Esa sabiduría es un humanismo cristiano que afirma radicalmente la dignidad de toda persona como hijo de Dios, establece una fraternidad fundamental, enseña a encontrar la naturaleza y a comprender el trabajo y proporciona las razones para la alegría y el humor, aun en medio de una vida muy dura. Esa sabiduría es también para el pueblo un principio de discernimiento, un instinto evangélico por el que capta espontáneamente cuándo se sirve en la Iglesia al Evangelio y cuándo se lo vacía y asfixia con otros intereses.<sup>3</sup>

Precisamente, es esa sabiduría, entendida como humanismo cristiano que afirma radicalmente la dignidad de toda persona, la que contribuyó a hacer de José Gregorio Hernández el “médico de los pobres” y un adalid de la paz mundial. Y ha sido esa sapiencia popular católica, bebida en la fuente del núcleo familiar, la que le permitió adquirir la capacidad de síntesis vital que más tarde le ayudaría a percibir la esplendorosa armonía entre fe y razón.<sup>4</sup>

### *b) La fuerza evangelizadora de la devoción a los santos*

En segundo lugar, la finalidad principal de este testimonio desea resaltar la fuerza evangelizadora de la devoción a los santos, siempre y cuando se distinga en dicha devoción la referencia ineludible a Jesús de Nazaret, el Santo de Dios, de cuya boca brotan palabras de vida eterna (Jn 6,68-69); y que ayude a los devotos a amar y a servir a Jesús en todo y en todos, especialmente en los más pobres y necesitados, los pobladores de las periferias del mundo<sup>5</sup>, siguiendo su ejemplo (Mc 10,45). Tales criterios se acoplan, perfectamente, a la vida y obra del Doctor José Gregorio Hernández que se profesó de Jesús amante y fidelísimo servidor, y tuvo siempre en su desempeño profesional y en los demás ámbitos la caridad como emblema.<sup>6</sup> Quienes desde hace mucho

3. III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Puebla*. La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina, Caracas 1984, 448.
4. JUAN PABLO II, *Fides et Ratio*, Carta encíclica a los obispos de la Iglesia Católica sobre las relaciones entre fe y razón, 14 de septiembre 1998, en AAS 91 (1998).
5. FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 30-33.
6. BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est*, 42: “La vida de los Santos no comprende solo su biografía terrena, sino también su vida y actuación en Dios después de la muerte. En los Santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos”.

tiempo y hasta nuestros días nos hemos venido profesando como sus devotos hemos venido creciendo en el amor y la fidelidad a Jesucristo, a su Iglesia y a sus pobres. En este sentido, nos vuelve a iluminar el documento de Puebla:

Como elementos positivos de la piedad popular se pueden señalar: la presencia trinitaria que se percibe en devociones y en iconografías, el sentido de la providencia de Dios Padre; Cristo, celebrado en su misterio de Encarnación (Navidad, el Niño), en su Crucifixión, en la Eucaristía y en la devoción al Sagrado Corazón; amor a María: Ella y «sus misterios pertenecen a la identidad propia de estos pueblos y caracterizan su piedad popular» (Juan Pablo II, Homilía Zapopán 2: AAS 71 p. 228), venerada como Madre Inmaculada de Dios y de los hombres, como Reina de nuestros distintos países y del continente entero; los santos, como protectores; los difuntos; la conciencia de dignidad personal y la fraternidad solidaria; la conciencia de pecado y de necesidad de expiación; la capacidad de expresar la fe en un lenguaje total que supera los racionalismos (canto, imágenes, gesto, color, danza); la Fe situada en el tiempo (fiestas) y en lugares (santuarios y templos); la sensibilidad hacia la peregrinación como símbolo de la existencia humana y cristiana, el respeto filial a los pastores como representantes de Dios; la capacidad de celebrar la fe en forma expresiva y comunitaria; la integración honda de los sacramentos y sacramentales en la vida personal y social; el afecto cálido por la persona del Santo Padre; la capacidad de sufrimiento y heroísmo para sobrellevar las pruebas y confesar la fe; el valor de la oración; la aceptación de los demás.<sup>7</sup>

Al referirse a los “santos” como “protectores”, Puebla remite a dos aspectos fundamentales que enmarcan dicha protección. Por una parte, su intercesión ante las necesidades, sufrimientos, desvaríos, cuitas y congojas, confusión y desorientación, males corporales y espirituales de los devotos. Se trata de una intercesión basada en una relación de confianza, de amistad, de profunda familiaridad, de un trato imbuido en cercanía afectuosa. Es una relación de intercesión que se fundamenta en la certeza del eximio grado de amistad que une al “santo” con Jesús, el Buen Pastor (Jn 10,1-16), afianzada en la inmensa gratitud por los favores recibidos en virtud de dicha intercesión. Y así encontramos entre las manifestaciones religiosas de nuestro pueblo, expresión de su profunda espiritualidad cristiana católica, la del catolicismo

7. Puebla, 454. El subrayado es nuestro.

## Sé de un niño a quien visitó el Doctor José Gregorio Hernández cuando estuvo enfermo de sarampión

popular, las peregrinaciones a los santuarios de los santos, las promesas hechas como expresión del tierno y hondo sentimiento de gratitud, los exvotos, el nombre del santo o la santa puesto a un hijo o hija como recuerdo perenne agradecido de la dádiva suplicada y otorgada...

El otro aspecto es el del estímulo y acompañamiento que se traduce en la certeza grande de que no caminamos solos, de que ellos caminan con nosotros y nos ofrecen el dechado luminoso de su testimonio ejemplar en el seguimiento de Jesús; en tal sentido, nos impulsan y sostienen en medio de las vicisitudes de este mundo hasta la meta de la plena comunión trinitaria, cuando Dios sea todo en todos por Cristo, en el gozo del Espíritu Santo (1Co 15,28). Lo que se acaba de afirmar constituye uno de los tantos ecos que los efectos del texto bíblico han provocado en las comunidades lectoras que a lo largo de la historia han entrado en contacto vivificante con él:

Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos ase-  
dia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe (Hb 12,1-2).<sup>8</sup>

## CONCLUSIÓN

Ya para finalizar, desearía llamar la atención sobre otro aspecto que se deriva de cuanto hasta ahora sucintamente se ha narrado y descrito: la interpelación para nosotros hoy resultante del acontecimiento de la beatificación del venerable Doctor José Gregorio Hernández Cisneros.

Esta interpelación, que es también una apremiante llamada, radica en el reconocer, aprovechar y potenciar como Iglesia la fuerza evangelizadora que posee la religiosidad popular en su concretización de catolicismo popular, como nos lo hizo ver Puebla en su momento, y que ahora más que nunca debemos atender:

Por religión del pueblo, religiosidad popular o piedad popular entendemos el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, de las actitudes básicas que de esas convicciones derivan y las expresiones que las manifiestan. Se trata de la forma o de la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado. La religión del pueblo latinoamericano, en su forma cultural más

8. El subrayado es nuestro.

característica, es expresión de la fe católica. Es un catolicismo popular.<sup>9</sup>

Retomando el tono testimonial, la devoción al beato Doctor José Gregorio Hernández en el rico contexto de la piedad popular supuso en el núcleo familiar que me acogió la impregnación de los valores del evangelio en el alma y el corazón de los miembros de la familia, a tal punto que puedo afirmar que tanto mi mamá como mi papá y hermano fueron piezas clave en mi respuesta y acompañamiento vocacional, sencillamente porque creían y vivían inmersos en la atmósfera de la fe que les permitía discernir, examinar, reconocer faltas y pecados, orar, saber arrepentirse, ir comprendiendo lo que es la vida, aprender a poner el corazón en paz ante todo aquello que nos desborda y supera nuestras fuerzas, sabiendo en quién hemos puesto nuestra esperanza.

Resulta maravilloso y conmovedor, como regalo para la Iglesia, reconocer que en la rica tradición de fe de nuestro pueblo venezolano el Señor nos ha bendecido con el tesoro de la religiosidad popular, la cual no es solo objeto de evangelización, como toda expresión cultural, sino que, “en cuanto contiene encarnada la Palabra de Dios, constituye una forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo” (Puebla, 450).<sup>10</sup>

Reconocer, potenciar y aprovechar este tesoro dentro de la tarea evangelizadora de la Iglesia, pues la Iglesia vive para evangelizar,<sup>11</sup> se convierte en una llamada apremiante para todo el pueblo de Dios, especialmente ante el signo de la suspirada y anhelada beatificación del Doctor José Gregorio Hernández, el médico de los pobres, el que sentimos todos como inconfundiblemente “nuestro”.

Y es que cuando llega el misionero, el evangelizador, ya la gracia de Dios lo ha precedido y acompañado, de manera que él o ella nunca partirán de cero, más bien, resultarán ellos mismos, de algún modo, evangelizados. Tal es la obra incesante del Verbo del Padre y del Espíritu en el corazón de las culturas.<sup>12</sup>

Están bien todos los afanes en los que la Iglesia vive inmersa en su denodada tarea por evangelizar: asambleas pastorales, planificaciones, estrategias operativas, planes de gestión pastoral, evaluaciones y programaciones locales, sectoriales, regionales... pero si a los que les tocó esta hora no abren los ojos a

9. Puebla, 444.

10. El subrayado es nuestro.

11. PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 14: “Evangelizar no es la tarea principal de la Iglesia, sino la única y resume su esencia y vocación en este mundo”.

12. *Ibidem*, 53.

Sé de un niño a quien visitó el Doctor José Gregorio Hernández cuando estuvo enfermo de sarampión

lo que el Señor ya ha dado y continúa dando gratis, y a manos llenas, en vano se fatigan los actuales evangelizadores, puesto que, como dice el Señor:

En esto resulta verdadero el refrán de que uno es el sembrador y otro el segador: yo los he enviado a segar donde ustedes no se han fatigado. Otros se fatigaron, y ustedes se aprovechan de su fatiga (Jn 4,37-38).<sup>13</sup>

La hora es la de la cosecha, hora de levantar la mirada y ver que los campos blanquean ya para la siega (Jn 4,35): la beatificación del Doctor José Gregorio Hernández en medio de esta tierra bendita que da a luz a “santos”.

Para entender esta realidad hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. Solo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres. Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo que se aferran a un rosario, aunque no sepan hilvanar las proposiciones del Credo, o en tanta carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir ayuda a María, o en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado. Quien ama al santo Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones solo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rom 5,5).<sup>14</sup>

Pues bien, he aquí que hago nuevas todas las cosas, ya está en marcha ¿no lo notan? (Is 43,19).

13. El subrayado es nuestro.

14. FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 125.